

GFS-212-A28



LADRIDOS EN PRIMAVERA

Lugar de laws acción, la Exposición Internacional Canina, en el Retiro madrileño y en cualquiera de las tardes de la semana que hoy termina. A derecha e izquierda se suceden las jaulas y los cajones donde se exponen los ejemplares. Luego, en la explanada del kiosko de la música, las dos pistas consagradas a los Concursos reúnen considerable concurrencia de gentes abigarradas: aristócratas, burgueses y artesanos; niños, jóvenes y viejos; hombres y mujeres y nacionales y extranjeros... Muchos extranjeros.

DOGGO ALEMÁN.- (En su casilla, con sonido de bajo profundo) ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

BULL-TERRIER.- (En la suya, con sonido de barítono) ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

COCKER SPANIEL.- (Atenorado) ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

PEKINÉS y CHIHUAHUA.- (Como tiples ligeras) ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

ROSA.- (A Pablo, su novio, ante la jaula de dos "boxers" chiquitos) ¿Lo ves?

Hemos hecho muy bien en no traer a PITY. No tiene la finura de esta pareja. Yo la quiero mucho, pero comprendo que es muy ordinaria.

PABLO.- Has hecho bien, porque te hubieses convertido en esclava de la perrita; y, ¡vamos!, para esclavitud, ¡ya está bien con tu tía! Y para ladridos...

ROSA.- ¿Qué vas a decir?

PABLO.- Nada, guapa; que para ladridos, ya hay suficientes en esta Exposición.

JACOBITO.- (A su padre, delante de los "dogos") Oye, papá, ¿por qué pone ahí "peligroso"?

SU PADRE.- Porque lo es. No te has fijado en la cara que tiene tan fea?

JACOBITO.- Entonces, Petra, la cocinera de casa, es peligrosa.

SU PADRE.- ¡No lo sabes tú bien!

JACOBITO.- Para feo, ese otro chucho que está tan enfadado.

SU PADRE.- ¡Niño! No le llames chucho a un "bulldog inglés" de pura raza.

JACOBITO.- A mí me gustan más esos otros perros que se pagan la tarde con la lengua fuera.

SU PADRE.- Son "setters" ingleses. Mira éste, blanco y pintado de negro. Pues, ¿y ese otro café?

UN CHUSCO.- (Que le oye) ¿Le gusta el café?

EL PADRE.- Mucho. ¿Y a usted?

EL CHUSCO.- ¿El café? Lo prefiero con leche.

VENDEDOR.- (Pasando por delante de las casillas de perros) ¡El catálogo de la Exposición! ¡A tres pesetas, el catálogo!

UNA SEÑORA.- (Que ha estado mirando a un "labrador" cuyos aullidos parecen lamentos de persona) ¡Amí este animal me enterneció, Secundino. Debíamos tener en la finca uno de éstos.

SECUNDINO.- ¡Por mí!... (A un hombre, que sujeta la correa del bicho) Oiga, amigo. Me interesan estos perros. ¿En qué precio se venden?

EL INTERPELADO.- Este no se vende; y ahora no hay cachorros.

LA SEÑORA.- Es que nos gustaría guardar bien una finquita que tenemos cercana a Madrid.

EL INTERPELADO.- Pues, compren uno de aquellos mastines; seguramente por unas seis mil...

SECUNDINO.- ¿Cómo? ¿Dice usted que por seis mil?... (A su mujer) ¿No te serviría yo mismo en la casita del perro?

UN PORTERO.- (Que llega conduciendo el único galgo de la Exposición) ¿Dejan pagar a JOLY?

LA SEÑORA.- ¡No faltaba más! (Se separa. El resto del público hace lo propio; y el galgo, - o la galga, mejor dicho, - paga en silencio y solemne, dentro de su elegancia gris)

DOÑA ELENA.- (Conduciendo del brazo a su marido, que es un señor anciano de blanca melena y gafas oscuras) No sé por qué te empeñas en venir. A mí no ~~me importa~~ me importa, porque no se hacen gracia los perros; pero tú, que no

dejas de recordar a tu pequeña NELL...

DON GASPAR.- Por lo mismo, Elena. Aquella perrita de aguas tenía para mí inflexiones guturales extraordinarias. Hasta sus gruñidos eran en mis oídos caricias. Y ahora, cuando he perdido la luz de mis ojos, y sólo tú y la música sois mis consuelos, busco con ansia ésto que yo llamo "mis refugios espirituales".

DOÑA ELENA.- Pero sufres...Y no sé cómo puedes resistir este escándalo de ladridos.

DON GASPAR.- Llévame a una silla, desde donde pueda escucharlos todos, como un poco lejanos. Quiero percibir aquel mismo quejido, aquellas mismas modulaciones...

DOÑA ELENA.- Perdona, Gaspar; pero esas son cursilerías.

DON GASPAR.- ¡Ah! ¡No! Rarezas, si quieres, acaso. Pero el arte tiene derecho a ser respetado...y yo pido respeto para mi próxima sinfonía.

DOÑA ELENA.- Eso, sí: tu música, tu arte...

DON GASPAR.- (Ya sentado) ¡Para ésto que yo estoy percibiendo ya, y que ha de titularse "Sinfonía lastimera"! (Doña Elena mira a su esposo con ojos compasivos)

PABLO.- (A su novia Rosa, que se ha quedado extasiada ante un "pekinés" chiquito, que no cesa de temblar) ¡Y ése te gusta?

ROSA.- Es una ricura. Sobre su almohadón, parece una joya en su estuche.

PABLO.- Pues yo te digo que estos falderillos pequeños no me son simpáticos. Se me antojan llenos de mimos y malas intenciones. Mire aquel "chihuahua" que no pesará un kilo: tiene un cartel de "peligroso". ¡Figúrate cómo sería con la musculatura de un "podenco"!

UNA SEÑORA.- (A su lado) ¡No vienen al "ring"? Hay concurso de "satters" rojos, y está de jueza la "Miss": ¡un "hacha" en estas cosas! (El público, en efecto, forma una nutrida barrera en torno de este jurado; como lo forma en otro "ring" en torno del conde del Zenete y sus compañeros. Pero entonces, al margen de la Exposición, se produce un leve incidente)

RIAS VOCES.- (De chicos y grandes) ¡Eh! ¡Eh! ¡A ese! ¡Un intruso! ¡Uno que se ha "colao"! ¡Fuera! (Y cuantos así vociferan acogan al intruso, que no es otro que un perro vagabundo negro, feo y escuálido, que efectivamente se ha introducido "sin billete" en el recinto de la Exposición)

OTRAS VOCES.- ¡Dejarle! ¡Dejarle! ¡Pobre animal!

LUISITO.- ~~¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!~~ (Chico guapo, de unos diez años, desprendiéndose de sus familiares) ¡Lo que tiene es hambre! ¡Dejarle! (Se acerca rápidamente al atemorizado can, que ^{es} desde el primer momento, sensible a las Escaricias del niño, sentado junto a él)

SU MADRE.- ¡Pero, te has fijado, Luis? ¡Cómo se vé a poner al traje!

LUIS.- Déjale tú ahora.

UN CABALLERO.- (Que contempla emocionado el cuadro del perro y el niño, dando éste a comer a qué parte de su merienda) Déjenlo, sí señores. Ese niño, todo efusión y caridad, y ese perro todo fidelidad y agradecimiento.... Pienso... ¡Ya comprenderán ustedes en lo que pienso!

LUIS.- (Halagado) Sí; lo comprendo. Se ha acordado usted del diálogo cervantino de CIPIÓN y BERGANZA.

EL CABALLERO.- No. Me estoy acordando del Pobrecito de Azís. ~~EW~~ (En torno de la inesperada escena se vé formando un corro de curiosos cada vez mayor)

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW